

## **Reflexiones sobre la “experiencia fundante” de la Compañía de Jesús ayer y hoy**

(Reunión de Superiores y Directores de Obras de la Provincia del Brasil Centro-Este - Río de Janeiro: 16 y 17 de mayo de 2001)

P. José Antonio Netto de Oliveira s.j.

El P. Arrupe esperaba de la C.G. 32 una verdadera “refundación” de la Compañía, o sea, un cambio profundo, fundamental, en su modo de ser y de actuar. Estas palabras del P. Kolvenbach introducen el tema de la “refundación” de la Compañía, retomado por él en el informe “Sobre el estado de la Compañía” en la 68ª Congregación de Procuradores, en septiembre de 1999.

Y la prueba de que la Compañía captó perfectamente lo que estaba en juego en ese llamado a un cambio radical está, según el mismo P. Kolvenbach, en la violenta reacción que tuvo que enfrentar el P. Arrupe tanto de aquellos que querían a cualquier precio volver a la vida consagrada pre-conciliar como de parte de quienes se lanzaron precipitadamente hacia delante.

El problema continúa esperando una respuesta. ¿Cómo entender este llamado (apelo) hoy? No se trata de discutir aquí si la “palabra” es adecuada o no. Lo importante es que nos abramos a “la cosa” hacia la cual la palabra apunta. No se hablaría hoy de “refundar la Vida Religiosa” si no tuviéramos conciencia de que ésta padece de una cierta desintegración que afecta su unidad vital y que se manifiesta de diversas formas, tanto a nivel individual de las personas como a nivel del cuerpo apostólico y de la misión. Recuperar o reconstituir esta unidad fundamental es la tarea primordial que tiene en vista el término “refundación”.

### **1. El problema de la pérdida de la unidad o la desintegración de la Vida Religiosa**

La experiencia que está en el origen de la Compañía de Jesús –la experiencia fundante, podríamos decir– es simultáneamente: a) Una experiencia de Dios y de Jesucristo, o del Dios de Jesucristo, b) inseparable de una manera de ver y de estar presente en el mundo (de captar la realidad) como misión, c) que lleva a los primeros compañeros a optar por una determinada forma de vida. Esto es lo que explica la vacilación de Ignacio en encuadrarse dentro del esquema de Vida Religiosa hasta entonces conocida.

Los tres elementos son inseparables, se condicionan y se interpretan mutuamente.

Experiencia de Dios + Misión + Estilo de Vida

Para Ignacio no podía haber experiencia de Dios (lo que posteriormente, de manera empobrecida, será designado como “experiencia espiritual”) sin una verdadera pasión por el mundo, amado y servido en nombre de Jesús. Y el estilo de vida (evangélico u apostólico) era la traducción de esa experiencia y estaba al servicio de ella. Esta síntesis original era la mística que alimentaba e inspiraba, al mismo tiempo, la misión y la manera de ser de la Compañía.

Ignacio creyó que en esta experiencia había algo de “nuevo” que debía ser defendido por todos los medios. De hecho, sin pretenderlo, él estaba en el origen de lo que

históricamente vendría a ser considerado como una forma nueva de Vida Religiosa, denominada “apostólica” en contraposición a la vida monástica tradicional o a los órdenes mendicantes. Era nueva porque no cabía en los moldes existentes, como se encargó de poner en evidencia la historia posterior de la Vida Religiosa y la evolución de la propia Compañía de Jesús. De hecho, siendo traspuestos para un esquema de vida profundamente extraño a la intuición que los vio nacer, los tres aspectos o dimensiones de la experiencia fundante de Ignacio acabaron constituyendo bloques erráticos dentro de la experiencia espiritual y apostólica de la Compañía, tanto a nivel personal como a nivel del cuerpo apostólico.

Es lo que sucedió a medida que las diferentes formas de Vida Religiosa fueron siendo encuadradas dentro de un esquema único que podríamos denominar “modelo tradicional” de Vida Religiosa. Tradicional, porque fue el modelo dominante hasta el Concilio Vaticano II y el único que conocieron las generaciones pre-conciliares. Modelo fundamentalmente monástico y dominado progresivamente por una visión jurídica de la Vida Religiosa. Era inevitable que la perspectiva monástica acabara configurando a su modo características que, fuera de ella, tenían otra significación. Así, por ejemplo, las tres dimensiones señaladas anteriormente fueron progresivamente codificadas en prácticas formales, justificadas en sí mismas y separadas unas de otras: vida “espiritual”, vida comunitaria y vida apostólica.

Experiencia de Dios

Estilo de Vida – (Vida Comunitaria)

Misión

La Compañía no fue excepción: ni escapó a esa uniformización ni podía dejar de ser afectada por esta evolución. Por eso, la fisonomía de la vida religiosa en la Compañía, al momento del Concilio, presentaba los mismos rasgos que caracterizaban la Vida Religiosa en general: una vida más monástica que apostólica desde el punto de vista de las prácticas “religiosas” (espirituales y comunitarias) y una vida más ascética que mística en la manera de entender y de vivir el carisma ignaciano.

Esa situación minaba de raíz (incluso sin saberlo) la unidad original entre experiencia de Dios, misión y forma de vida, característica del carisma ignaciano. La vida “religiosa” (en sus expresiones espirituales e incluso comunitarias) era el ámbito de búsqueda personal e individual de la santidad y de la perfección; la misión o vida apostólica (como era llamada) era mucho más una expresión de la generosidad de los individuos y de su intención y deseo de “ayudar a las almas” que una “experiencia del Espíritu”, inseparable del mundo y de la realidad a la cual “todo el cuerpo” (“un cuerpo para el espíritu”) era enviado. Por eso, era inevitable la ruptura entre “vida religiosa” y “misión”, con todas sus consecuencias.

La desintegración de la unidad que constituye el alma del carisma ignaciano (la experiencia fundante) se hizo sentir cada vez más, tanto en el nivel individual de las personas (la vida estaba dividida en compartimientos estancos) cuanto a nivel de la misión del cuerpo (que podía tornarse y se tornó más “profesional”, sin que esto acarrearía necesariamente mayor claridad en el testimonio de vida evangélica).

Después del Vaticano II, la Compañía, como toda la Vida Religiosa, aceptó el desafío de “volver a las fuentes”. Este proceso de renovación quedó inscrito, por un lado, en los textos de las Congregaciones Generales 31ª a 34ª y, por otro, en el sumergirse en las fuentes del carisma fundacional de la Compañía: los Ejercicios Espirituales y las Constituciones.

Dejando de lado la C.G. 33ª que, consciente de su papel de transición, no produjo ningún texto nuevo sino que remitió a las congregaciones anteriores, es fácil constatar que a la C.G. 31ª le tocó hacer la transición en la Compañía de una concepción “tradicional” a una concepción “renovada” de la vida religiosa en todos sus aspectos, en tanto que la cuestión de la misión polarizó las congregaciones 32ª y 34ª, incluso con todo y las diferencias de problemática inevitables por la distancia de 20 años que las separa.

Fue en estos mismos años post-conciliares que el redescubrimiento y el conocimiento más profundo de los textos fundacionales de la Compañía dieron un nuevo impulso a la manera de entender y vivir la “vida espiritual” en el sentido propiamente ignaciano (experiencia espiritual, discernimiento, etc.) y a la manera de entender la misión como algo esencial e inseparable de la experiencia espiritual de la Compañía.

En ese sentido el gobierno del P. Arrupe puede ser considerado –como hizo con toda propiedad el P. Kolvenbach– como un intento de “refundar” la vida de la Compañía en su espíritu más auténtico.

Las transformaciones de todo tipo por las cuales pasó la Compañía en estos años son por lo demás evidentes. Y los frutos de esta renovación son innegables. Es lícito preguntarse, con todo, si el ingente esfuerzo de renovación realizado durante todos estos años consiguió revertir la situación de “esquizofrenia espiritual” (con relación a la experiencia ignaciana original) en la cual vivió también la Compañía durante tantos años. ¿Dónde reside la dificultad?

## **2. El impasse actual o la difícil recuperación de la unidad**

Textos inspiradores no faltan. También son claras las directrices de gobierno de la Compañía. La dificultad está en el “cuerpo” como un todo y en las marcas que dejó en cada uno de nosotros una manera desintegrada de vivir la “experiencia fundante” de Ignacio. La Compañía como “cuerpo” –y las personas en ella, sobre todo las generaciones más viejas– padece todavía los efectos de ruptura entre ser y actuar, ruptura de esa unidad insuperable entre experiencia de Dios, forma de vida y misión que caracterizaba la experiencia de Ignacio.

El impasse actual es el reflejo de una situación contradictoria. Es como si la Compañía como “cuerpo” estuviera atascada en esa travesía que debería llevarla desde la situación pre-conciliar al reencuentro con su mística más original. Esto no por razones “ideológicas”, como fue el caso de las tensiones que se manifestaron en el generalato del P. Arrupe. No hay indicios de que la Compañía como tal sienta hoy la tentación de volver a una Vida Religiosa pre-conciliar. Y las tensiones que surgieron por ocasión de la C.G. 32ª fueron asimiladas e integradas de manera equilibrada poco tiempo después.

Desde el punto de vista teórico la Compañía se reconoce y se identifica con las nuevas orientaciones. La dificultad es de orden práctica. La Compañía como “cuerpo” no encontró todavía expresiones adecuadas –personales, comunitarias, institucionales o del “cuerpo”– que le permitan traducir en las realidades concretas de la vida la unidad constitutiva del carisma ignaciano recuperada, sin embargo, “teóricamente” en el contacto con las fuentes. Dicho con otras palabras: mientras que el discurso y las orientaciones del gobierno exigirían expresiones nuevas de la “experiencia fundante”, los presupuestos que subyacen a las expresiones de la vida espiritual, comunitaria, y apostólica de los jesuitas continúan siendo los de la concepción tradicional.

Este descompás entre la teoría y la práctica afecta la calidad de vida de las personas y del “cuerpo” apostólico. Es como si la misión del cuerpo dependiera únicamente de la fidelidad de los individuos. Paradójicamente la vida espiritual continúa alimentando un individualismo que es extraño al espíritu de Ignacio. Todo –en lo espiritual y en lo apostólico– estaría sometido a la generosidad de los individuos. Pero, entonces, el sentido de “cuerpo para la misión” quedaría reducido a algunas prácticas formales de la mal llamada “vida comunitaria”.

Habría que preguntarse si ésta no es una de las razones que explican la falta de un verdadero dinamismo apostólico en nuestras obras e instituciones. Puede haber una gran fidelidad de las personas a las prácticas de la vida “espiritual” y comunitaria totalmente inoperante para la misión porque es vivida y realizada al margen de la misma. No es esa la intuición que está al origen de la Compañía. Para Ignacio la manera de hacer la experiencia de Dios y la forma de vida son inseparables de la misión. La forma de vida (que no equivale exactamente a lo que tradicionalmente se llama “vida comunitaria”) hace parte de la misión, está en función de ella, la inspira y la anima, y esta configurada por ella. El dinamismo de la “vida espiritual” de las personas no puede ser separado del dinamismo “espiritual” del grupo en misión, porque la misión del cuerpo es más y es otra cosa que la simple suma de lo que es y hace cada uno de los individuos.

Trad. P. Jesús Zaglul S.J. (ANT)